

matemáticas (Noël Golvers), el observatorio astronómico instalado en el siglo XVIII y sus conexiones internacionales (Luís Tirapicos), la atención concedida a la astrología (Luis Campos Ribeiro), la enseñanza de la filosofía (Paula Oliveira e Silva) o las aportaciones del profesor y rector del colegio Baltasar Teles a la lógica escolástica (Simone Guidi).

El penúltimo capítulo, a cargo de Eugenio Menegon, se ocupa del paso por el colegio del padre Provana, jesuita destinado en China, en su viaje de ida (1708) y vuelta (1718-19) a Roma desde Pekín como enviado del Emperador Kangxi, en el contexto de la discusión sobre los ritos chinos y las complicadas relaciones entre la Santa Sede, el rey de Portugal y la corte de Pekín. El libro se cierra con una bibliografía, compilada por Henrique Leitão y Luana Giurgevich, sobre los estudios relativos a los jesuitas y la ciencia en Portugal y su imperio publicados en los últimos treinta años.

Puede señalarse, como un atractivo añadido, la calidad y abundancia de las ilustraciones (dibujos, grabados, planos, fotografías...) que acompañan al capítulo 5, el dedicado a la construcción del nuevo colegio, facilitando la comprensión de todo lo referente a la historia y arquitectura del edificio.

Escrito desde una perspectiva interdisciplinar, *Santo Antão. The Jesuit College in Lisbon and Its History* nos ofrece la oportunidad de acercarnos en profundidad a una parte significativa de la historia de la Compañía de Jesús y de la Iglesia en Portugal a lo largo de dos siglos, así como de valorar las aportaciones realizadas por aquella institución, en línea con otras muchas obras educativas de los jesuitas, a la pedagogía y al avance del conocimiento en la Europa moderna.[José Luis Vázquez, SJ]

Filosofía

Torralba, F. *Bienaventuranzas para agnósticos*. Barcelona: Fragmenta Editorial, 2024. 327 pp.

Ya se han cumplido algunos siglos desde que se elevó la carta a género literario; y ya han transcurrido algunos años desde que dicho género se ha utilizado como recipiente teológico. En nuestro ámbito, por la atmósfera generada en la publicación que reseñamos, no es difícil acordarse de la *Carta a un amigo agnóstico*, de González Faus (1990), aunque esta misiva no halló respuesta. Pues bien, en esta ocasión, Francesc Torralba se sirve del diálogo epistolar con un supuesto amigo de la infancia, Guillem, con quien, tras cuarenta años sin saber uno del otro, se encuentra en una típica cena de antiguos alumnos, para reflexionar juntos aun en la distancia, desde la posible convergencia de visiones (la creyente y la agnóstica) hasta el reconocimiento de lógicos desencuentros, la que puede considerarse “quintaesencia del evangelio” (F. Camacho), “evangelio dentro del evangelio” (J. R. Flecha) o “corazón de la fe” y “esencia de toda civilización posible” (F. Torralba): las bienaventuranzas.

Es un hecho que, en este sentido, el título elegido para la publicación no engaña, pues el lector encontrará en estas páginas un comentario a cada una de las nueve bienaventuranzas desgranadas por Mateo —es bueno asentar desde el principio, aunque el autor sepa de la existencia de diversas tradiciones, que sigue este

BIBLIOGRAFÍA

texto (p. 133), y no el lucano y, ni mucho menos, el sugerente esbozado por el autor del libro del Apocalipsis–, atendiendo a temáticas y planteamientos (he aquí la novedad) que pueden surgir en el ser humano de la calle que no se sienta movido por la fe cristiana, y no tanto aferrándose a disquisiciones exegéticas (aunque alguna haya), como estamos acostumbrados. Con este enfoque, dicho sea de paso, el autor da a entender que este texto resulta universal y se puede convertir en materia de diálogo y de crecimiento: puede ser leído y aplicado por cualquier persona, independientemente de sus creencias, siempre y cuando rijan la honestidad intelectual y el anhelo de otorgar sentido a la existencia, aspectos ambos en los que Torralba insiste. El descubrir este humus antropológico y cultural es, sin lugar a dudas, uno de los méritos del filósofo catalán, que sabe traducir a la mentalidad laica cada una de las afirmaciones de Jesús. Dicho lo cual, sin embargo, no está de más advertir al lector de que en sus manos encontrará no solo un comentario no al uso de las bienaventuranzas, sino un auténtico vademécum que le ayudará a clarificar curiosidades que le puedan suscitar las bienaventuranzas en sí, pero, ante todo, aspectos de la misma fe, de la oscura fe. Y es que el autor no renuncia nunca al hecho de que “la capacidad interrogativa nos hace humanos” (p. 72).

En efecto. Antes de dar paso al rosario de las bienaventuranzas, subrayando aquellos temas que convienen a cada una de ellas (felicidad, pobreza de espíritu, sentimiento, sufrimiento, humildad, justicia, paz, persecución...), Torralba dedica ciento treinta y ocho páginas (es decir, casi la mitad del libro) a ambientar la relación epistolar. Páginas que se convierten en un sugerente minitratado fiducial e, incluso, cultural; pues, a lo largo de estas páginas, el lector advierte el bagaje enciclopédico que caracteriza al autor. Así, en esta obra se plantean cuestiones como la identidad personal, la frivolidad (que evita el fanatismo, pero incurre en el escepticismo), las convicciones, la existencialidad de la fe, el carácter personal del Dios cristiano, la virtud de la esperanza, el problema de la teodicea y el sufrimiento de Dios, la cuestión del lenguaje religioso, las comprensiones antropomorfas de lo divino, el misterio de la encarnación, la empatía divina como posibilidad de redención, el concepto de reino de Dios, la existencia del alma, la resurrección del cuerpo, el infierno y otras realidades escatológicas, la cuestión de la experiencia religiosa, la culpabilidad religiosa, la ética de mínimos y de máximos, la ética autónoma y heterónoma, la sobreabundancia de la ética de Jesús, el peso de la conciencia y de la libertad en la toma de decisiones, el cómo y el cuándo de la iniciación cristiana, la toma de postura por Jesús como una opción vital fundamental, el lugar del placer en el cristianismo y su diferencia con la felicidad (que da pie a la reflexión sobre las bienaventuranzas), la oración, la sociedad del tener y la mentalidad de la civilización de la pobreza, la lógica del don, la gratuidad, la creencia en la vida eterna como uno de los grandes criterios de distinción, el diálogo fe-ciencia, la consideración immanente de la trascendencia divina, el poder pacificante del perdón y de la reconciliación, la consideración del cristianismo como algo más que un simple humanismo, un movimiento que lucha por las causas nobles o una ONG, el profetismo, el proceso de secularización y la significatividad del resto... Estimo que por esta variedad de temas y por el intentar situarse en la piel del otro –si bien, no estoy muy seguro de que siempre se consiga, pues continuamente parece llevarse el agua al molino del creyente (“sumar adeptos a tu tribu”), careciéndose de diversidad de registros lingüísticos que denoten un

diálogo auténtico–, el lector disfrutará de su lectura y encontrará argumentos para afianzar un poco más sus convicciones, sin que se desvanezca la duda inherente a la fe. Y, ¡quién sabe!, a lo mejor alguno se descubra como ese “cristiano anónimo” que, “sin saberlo”, defiende “muchas causas propias de Jesús”, aunque no crea “en su naturaleza divina” ni participe “de la eucaristía” (p. 302).

Por último, Frances Torralba inserta una bibliografía básica, con treinta y cuatro referencias, en varios idiomas. A sabiendas de que en absoluto quiere ser una bibliografía exhaustiva, sí es verdad que uno echa en falta, bien por su profundidad, bien por su carácter cercano al de estas páginas, obras como las de Luis González-Carvajal, Fernando Camacho, Alberto Maggi, Arturo Paoli, Eduard Schweitzer, Jan Lambrecht, Xabier Pikaza, Juan José Bartolomé, Santiago Silva Retamales, Adolfo Chércoles, Rodrigo Mejía... [Enrique Gómez García OAR].